



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo XXXVI. Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPÍTULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.



**T**ENIA un mayordomo el duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, é hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores, ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la duquesa á Sancho otro día si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la duquesa, mas es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos, ó de las de canelones (1), que se dejen sentir porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea por tan poco precio. A lo que respondió Sancho: déme vuestra señoria alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie (2) por el provecho ajeno. Sea en buena hora, respondió la duquesa; yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho: sepa vuestra alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta mas que ponerle el sobrescrito: querría que vuestra discrecion la leyese: porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben de escribir los gobernadores. ¿Y quien la notó? preguntó la duquesa. ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribístela vos? dijo la duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho: porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la duquesa, que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa, vió que decia desta manera:

(1) Canelones llaman al azote compuesto de seis ú ocho ramales gordos, duros y desigualmente labrados ó trenzados. — Arr.

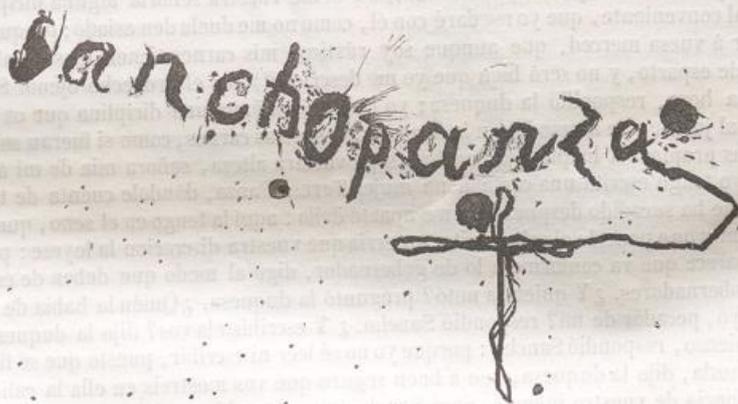
(2) Me destruya, me acabe, me enquile. — Arr.

## CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA PANZA SU MUJER.

« Si buenos azotes me daban , bien caballero me iba : si buen gobierno me tengo , buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú , Teresa mia , por ahora , otra vez lo sabrás. Has de saber , Teresa , que tengo determinado que andes en coche , que es lo que hace al caso , porque todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres , mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido verde de cazador , que me dió mi señora la duquesa , acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Quijote mi amo , segun he oido decir en esta tierra , es un loco cuerdo y un mentecato gracioso , y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos , y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso , que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y treientos azotes menos cinco , que me he de dar , quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada á nadie , porque pon lo tuyo en concejo , y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al gobierno , adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros , porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo : tomaréle el pulso , y avisaréte si has de venir á estar conmigo , ó no. El rucio está bueno , y se te encomienda mucho , y no le pienso dejar aunque me lleváran á ser gran turco. La duquesa mi señora te besa mil veces las manos ; vuélvele el retorno con dos mil , que no hay cosa que menos cueste ni valga mas barata , segun dice mi amo , que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras (1) ; pero no te dé pena , Teresa mia , que en salvo está el que repica , y todo saldrá en la colada del gobierno , sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo , que me tengo de comer las manos tras él (2) , y si así fuese no me costaría muy barato , aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongia en la limosna que piden : así que por una via ó por otra tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé como puede , y á mí me guarde para servirte. Deste castillo á 20 de julio de 1614.

*Tu marido el gobernador*

Sancho Panza



(1) Marras , voz árabe , derivada del adverbio *marrat* , que significa *en otro tiempo* , *en tiempo de entonces* , ó lo que es lo mismo , que el adverbio latino *olim* . — P.

(2) Esto es , me he de aficionar á él demasiado . — Arr.

En acabando la duquesa de leer la carta dijo á Sancho : en dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador : la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar , sabiendo él , que no lo puede negar , que cuando el duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo : la otra es , que se muestra en ella muy codicioso , y no querría que orégano fuese (1), porque la codicia rompe el saco , y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto , señora , respondió Sancho ; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir , no hay sino rasgarla , y hacer otra nueva , y podría ser que fuese peor , si me lo dejan á mi caletre. No , no , replicó la duquesa , buena está esta , y quiero que el duque la vea.

Con esto se fuéron á un jardín donde habian de comer aquel dia. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque , de que recibió grandísimo contento. Comieron , y despues de alzados los manteles , y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho , á deshora se oyó el són tristísimo de un pifaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa , marcial y triste armonia , especialmente don Quijote , que no cabia en su asiento de puro alborotado : de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio , que era el lado ó faldas de la duquesa , porque real y verdaderamente el són que se escuchaba era tristísimo y melancólico . Y estando todos así suspensos , vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto , tan luengo y tendido , que les arrastraba por el suelo : estos venian tocando dos grandes tambores , asimismo cubiertos de negro. A su lado venia el pifaro negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado , amantado , no que vestido con una negrísima loba (2) , cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí , tambien negro , de quien pendia un desmesurado alfange de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un trasparente velo negro , por quien se entreparecia una longuísima barba , blanca como la nieve. Movia el paso al són de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin , su grandeza , su contoneo , su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el duque , que en pie con los demas que allí estaban le atendia. Pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hizolo así el espantajo prodigioso , y puesto en pie alzó el antifaz del rostro , é hizo patente la mas horrenda , la mas larga , la mas blanca y mas poblada barba que hasta entonces humanos ojos habian visto , y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora , y poniendo los ojos en el duque dijo : altísimo poderoso señor , á mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca : soy escudero de la condesa Trifaldi , por otro nombre llamada la Dueña Dolorida , de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada , y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita , que es una de las mas nuevas y mas admirables que el mas cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado : y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero don Quijote de la Mancha , en cuya busca viene á pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado , cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento : ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo , y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego , y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos , y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque , que fue : ya , buen escudero Trifaldin de la blanca barba , há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la

(1) Véase la nota segunda de la pág. 416.

(2) Vestidura clerical y talar que llegaba al suelo. En tiempos antiguos era vestidura honorífica , según dice Covarrubias.—Arr.

condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida : bien podeis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda : y asimismo le podreis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dárselo el ser caballero, á quien es anejo y concierne favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría



Oyendo lo cual Trifaldin inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo són y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura.

Y volviéndose el duque á don Quijote le dijo : en fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y oscurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas há seis dias que la vuestra bondad está en este

castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes (1) y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos: merced á vuestras grandes hazañas que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

Quisiera yo, señor duque, respondió don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro día mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á la de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

(1) Esto es, lejanas, distantes. Es voz anticuada, tomada de los libros de caballerías, á que alude, remedia y ridiculiza á cada paso el autor. — Arr.

